

La banalidad del daño ambiental

En su libro titulado “Eichmann en Jerusalén”, Hannah Arendt acuñó el célebre concepto de la “banalidad del mal” para describir cómo un burócrata corriente, sin grandes pasiones ideológicas ni sadismo manifiesto, ni odio podía convertirse en un engranaje de una maquinaria genocida.

Arendt mostró que el mal radical no siempre se presenta con rostros monstruosos, sino que se sostiene en la obediencia ciega, la indiferencia y la renuncia a pensar críticamente sobre los propios actos.

Hoy, frente a la crisis ecológica global, resulta pertinente extrapolar esta noción hacia lo que le podríamos llamar, en español, la “banalidad del daño ambiental”. No se trata ya del exterminio de personas en un régimen totalitario, sino de la indiferencia cotidiana frente a la degradación de la naturaleza, cuyos efectos recaen tanto en ecosistemas como en las comunidades humanas más vulnerables.

Con todo, antes de avanzar, el concepto aquí acuñado, esta ha sido abordado anteriormente en investigaciones o ensayos de habla inglesa utilizando términos como: “The Banality of Environmental Destruction”, “The Banality of ecocide”, “The Banality of Environmental Degradation” que subrayan el carácter cotidiano y extendido del daño ecológico: no siempre es obra de agentes explícitamente “malévolos”, sino resultado de decisiones rutinarias y obediencia burocrática. En el ámbito latinoamericano, especialmente en Brasil, se han usado expresiones cercanas como “banalidade do mal socioambiental” para analizar daños normalizados en contextos productivos.

En español, el rótulo “banalidad del daño ambiental” no está del todo sistematizado, predominan ensayos y debates más que marcos operativos en políticas públicas. El aporte de este breve ensayo es proponer una formulación clara y aplicada para la gestión ambiental pública.

El puente arendtiano al campo ecológico se apoya en discusiones contemporáneas sobre responsabilidad en sistemas tecnocientíficos y las agencias en sostener el daño ambiental. Entender “lo banal” como reproducción estructural, no como algo insignificante, permite pensar en fenómenos donde numerosas decisiones sostienen grandes procesos estructurales con impactos, muchas veces, irreversibles en la biosfera.

Para Arendt, Eichmann no era un monstruo, sino un hombre mediocre incapaz de pensar desde la perspectiva del otro. Su justificación “solo cumplía órdenes” expresada durante su juicio en Jerusalén, sintetiza cómo la obediencia burocrática puede sostener sistemas destructivos. En este sentido Arendt, hace ver la paradoja en que, dentro del proceso genocida, existía la colaboración de un reducido número de miembros de la misma comunidad judía para el logro del objetivo del gobierno nazi. La clave está en que el mal se vuelve banal cuando millones de personas aceptan sin cuestionar su rol en estructuras sociales dañinas.

Esa lógica no es exclusiva de la política totalitaria: también se produce y reproduce en el ámbito ambiental lo que alimenta una cultura inconsciente y mal adaptante, por ejemplo, trabajadores que contaminan un río porque es “parte de su tarea”, ciudadanos que consumen indiscriminadamente o tiran por doquier su basura porque “todos lo hacen”, productos con cinco o seis envolturas para parecer más “premium”, autoridades que aprueban proyectos con consecuencia ambientales negativas hasta para el sentido común amparados en la “rutina institucional”. En cada caso, no hay necesariamente una intención consciente de daño, pero sí una suspensión de la responsabilidad individual y colectiva frente a este, una falta total de conexión de los propios actos y sus efectos con aquella otredad llámese naturaleza, humanidad o por los que vienen.

Al igual que en el análisis de Arendt, el problema no reside solo en los grandes responsables (corporaciones extractivistas, estados negligentes), sino en la multitud de gestos pequeños, obedientes e indiferentes que sumados sostienen un sistema de devastación planetaria, en que la destrucción se hace trivial porque deja de ser vista como tal y se transforma en hábito, rutina, costumbre. Los gestores y verdugos de los campos de concentración domesticaron la violencia como parte de la rutina laboral. Hacer eficiente los procesos pasó a ser una prioridad cuyo éxito se ponderaba por medio del cumplimiento de cuotas de exterminio como indicador de éxito del programa llamado “la solución final”. En los números no hay alma, no hay rostros. En este sentido ¿Acaso nosotros mismos nos convertimos en gestores o verdugos cuando domesticamos masivamente la indolencia frente al daño ambiental? o ¿cuándo ya no nos conmueve la información sobre la contaminación, el cambio climático y pérdida de la biodiversidad?

Es así como la “banalidad del daño ambiental” impide reconocer a la naturaleza como sujeto de dignidad y a las generaciones futuras como destinatarias de nuestra responsabilidad. Al igual que en el totalitarismo, lo que está en juego es la capacidad de pensar desde la perspectiva del otro: ya no solo del prójimo humano, sino también de otras especies, de los ecosistemas y de los seres humanos aún no nacidos.

Esta tipología de banalidad, además se ve potenciada por elementos psicológicos como el sesgo de confirmación, sesgo de causa y efecto, sesgo de normalización y el sesgo del optimismo, que sumado a las barreras físicas (ciudades) y virtuales (redes sociales) se convierten en obstáculos que impiden vivir y sentir los efectos negativos ambientales causados por nosotros mismos, generando a su vez, condiciones óptimas para sostener e incrementar la degradación ambiental planetaria. Los datos son elocuentes, por ejemplo, la Organización Meteorológica Mundial (OMM) informó que el año 2024 la concentración de CO₂ llegó a un nivel sin precedentes e históricos desde que comenzó su medición en el año 1957. Detrás del dato está presente la indolencia en toda su magnitud. Con esto el acuerdo de París se vuelve un eco del pasado, eco que se convierte en un susurro fantasmal aplastado por las cifras de la realidad.

El peligro de la “banalidad del daño ambiental” radica en que no hay “un gran enemigo visible” o de un “monstruo” responsable. Basta con la pasividad y la indiferencia diaria; con la lógica del cumplimiento burocrático apático, tanto en el aparato público y como en el privado; con la renuncia a la reflexión moral. Así, el daño ambiental se perpetúa sin villanos evidentes, sostenido por la indolencia de la mayoría inconsciente.

Entonces ¿Puede retrotraerse esta tipología de banalidad? La respuesta: claro que sí, y nuestro más poderoso instrumento es la educación ambiental. La banalidad justamente se debilita por medio de la educación, sea formal o informal, porque permite generar cambios en la conciencia individual y colectiva, teniendo como base la lógica del pensamiento crítico, el cual conduce hacia un proceso auto esclarecedor sobre la conexión de los efectos de las acciones diarias que pueda tener un individuo, una comunidad, una corporación, un estado o una transnacional respecto del entorno que le sustenta.

Por ello la visión estratégica primordial de la educación ambiental, a juicio de este ensayo, es retrotraer la “banalidad del daño ambiental” de las sociedades humanas mediante cuatro ejes fundamentales: a) la historia, por cuanto no hay que perder la memoria de los daños sufridos por comunidades y los territorios, y entender que es un capital cultural básico para evitar la repetición de errores (hoy el margen para ello es sumamente limitado); b) la ética ambiental aplicada, es necesario integrar principios y valores que promuevan un obrar sustentable en la relación bidireccional humanos y naturaleza; c) la ciencia, porque con ella se entrega el conocimiento que permite no solo comprender el funcionamiento del sistema ambiental, sino determinar los impactos de nuestras acciones en ella y sus vías de corrección integrando para ello los diversos saberes; y d) la técnica, tanto en su sentido pragmático con la entrega de soluciones prácticas para disminuir los impactos ambientales (Ecotecnias) como en su sentido pedagógico, es decir, con la aplicación de métodos que faciliten la construcción de una conciencia ambiental conectiva y sistémica en las sociedades.

El llamado es que desarrollemos juntos una responsabilidad individual y comunitaria frente a las decisiones cotidianas, sea desde nuestra labor profesional, docente, estudiantil, empresarial, pública, política o el activismo ambiental, apuntemos a sustituir la “banalidad del daño ambiental” por un “heroísmo cotidiano” con compromiso reflexivo y solidario con nuestra sociedad, con la vida en todas sus formas y con la hermosa biosfera que sustenta el planeta.

Palabras Claves

Banalidad, Daño Ambiental, Educación Ambiental

Identificación de Autores

Carlos Rungruangsakorn Leiva, Dr. Ciencias Sociales, Mg. en Asentamiento Humano y Medio Ambiente, y administrador Público, funcionario Ministerio del Medio Ambiente, docente de la Universidad de Chile y la Universidad Autónoma de Chile.